

XC

«¡Oh vosotros, que en tanto apuro extraño  
del cielo y mar sufristeis el castigo;  
brazos de Dios, que á reparar el daño  
de la cristiana ley estáis conmigo;  
los que el poder de Persia y griego engaño,  
los que el calor, la nieve, el desabrigo,  
y peste y sed y el hambre roedora  
vencisteis hasta aquí! ¿Tembláis ahora?»

XCI

»¿Conque el favor celeste que os rodea,  
tan probado en tropiezos más fatales,  
confianza no os da ya, cual si otra idea  
envolvieran los juicios eternos?  
Pronto día vendrá que blando os sea  
contar, felices, los sufridos males.  
Resistid pues y de la vida el fuego  
para el próximo sol guardad, os ruego.»

XCH

Diciendo así, de la escasez presente  
alivia en todos la temida ofensa,  
mientras en cuidados mil arde su mente  
y carga oprime al corazón inmensa.  
Cómo salvar del hambre tanta gente,  
en la penuria que amenaza piensa;  
cómo á la escuadra los cruceros tome  
y al árabe rapaz contenga y dome.

## CANTO SEXTO

ARGUMENTO.—Argante manda un desafío á todos los cristianos. Otón, llevado de un generoso sentimiento, corre á medirse con él. Argante le derriba y le hace su prisionero. Tancredo traba con el sarraceno un gran combate, que es suspendido por irse acabando la luz del día. Erminia quiere curar las heridas de su amado, y con este objeto sale de la ciudad durante la noche.

I

Conforta en tanto á la ciudad sitiada  
esperanza mayor y la asegura;  
que de alimentos provisión colmada  
entra á la sombra de la noche oscura.  
También de armas y máquinas poblada  
la austral muralla alivio se procura,  
y hoy alzada y maciza, no hay le inquiete  
ni bombardas robusta ni alto ariete.

II

Y el Rey, ó de estas obras ó de aquellas  
hace henchir y elevar el débil lado,  
cuando ilumina el sol, cuando de estrellas  
el azul firmamento está sembrado.  
Ya en labrar nuevas armas fuertes, bellas,  
suda el artista y el ferrón tiznado.  
Andaba en esto el Rey cuando arrogante  
encarando con él le dice Argante:



## III

«¿Durarán hasta cuándo las prisiones  
de estos muros en vil asedio y lento?  
Martillo y yunque gimen, y los sones  
de escudos, yelmos y corazas siento;  
mas en ocio, señor; y esos ladrones  
corren el libre campo á su talento;  
ni hay de nosotros quien su pie sujete,  
ni trompeta que el sueño les inquiete.

## IV

»Ni molestados son en sus orgías,  
ni perturbadas sus alegres cenas;  
antes las noches y tranquilos días  
les dan horas de gozo y de paz llenas.  
El hambre en tanto al pueblo que tú guías  
hará rendir las huérfanas almenas,  
ó perecer aquí como cobarde  
á poco que el refuerzo egipcio tarde.

## V

»No será, en cuanto á mí, que innoble muerte  
mi nombre de baldón cubra infinito,  
ni que el próximo sol tras muro fuerte  
vea encerrarse mi valor marchito.  
De esta mi pobre vida haga la suerte  
lo que tenga allá arriba el cielo escrito.  
¡Ah! no podrá alcanzar su saña entera  
que yo sin gloria y sin venganza muera.

## VI

«Mas no un morir glorioso y celebrado  
alcanzaré, sino laurel triunfante,  
si del antiguo ardor no se ha estancado  
en tus venas el ímpetu pujante.  
Caminemos pues juntos, y al cruzado  
y al destino salgámosle delante;  
que á veces son, en riesgos los mayores,  
los más crudos consejos los mejores.

## VII

»Mas si atrevido arrojo no te incita,  
si te asusta sacar tu gente armada,  
trata que esta gran lucha que se agita  
sea por dos guerreros hoy cerrada;  
y porque pronto y voluntario admita  
el Capitán francés nuestra embajada,  
ni ventaja ni sitio le embarace,  
y día y armas á su gusto aplace.

## VIII

»Pues si cien brazos el contrario en una  
alma tuviese indominable y fiera,  
temer no debes que á virtud ninguna  
fuero que guarde yo se rinda ó muera;  
que puede en vez de sino y de fortuna  
darte esta mano á ti victoria entera;  
esta que ahora por señal te dono  
de que, fiado á mí, salvo es tu trono.»



## IX

Calla, y responde el Rey: «Joven ardiente aunque en edad senil me ves ahora: no mi brazo tan lánguido se siente ni tal vileza mi ánima desdora, que una vida prefiera que me afrente á una muerte de honor merecedora. Mas no hay signo que el daño nos denote que anuncias, ni del hambre el duro azote.

## X

»Hora (á tanto valor justo homenaje) oye el arcano que á los otros guardo. Solimán de Nicea, que el ultraje antiguo por vengar no halla retardo, de árabes hordas multitud salvaje en el libio confin junta gallardo, y dar al sitiador noche sangrienta y auxilio entrarnos y vituallas cuenta.

## XI

»Pronto llegue quizá; mas si tomados son en tanto castillo y fortaleza, ¿que conserve imaginas mis estados y la corona real en mi cabeza? ¡Ah! por Alá, los ímpetus sobrados del alma ardiente á dominar empieza, y la ocasión aguarda que oportuna á ti gloria prepara, á mí fortuna.»

## XII

De encender al soberbio Sarracino, émulo antiguo del Soldán, capaces sólo son los elogios de Aladino, que alzò de aquél los medios eficaces. «Haz, señor, como cumpla á tu destino y á tu placer, responde, guerra y paces. Treguas da pues; que Solimán no tarde, y él, que perdió su reino, el tuyo guarde.

## XIII

»Venga á ti, salvador del paganismo, ese casi de Dios nuncio no humano; que en cuanto á mí, me basto yo á mí mismo, y para mi salud sobra esta mano. Da, mientras duerme así todo heroísmo, que baje solo á combatir al llano. Privado paladín, no tuyo, quiero medirme en lid al franco caballero.»

## XIV

Y dice el Rey: «Si el ánimo y la espuela á otro asunto guardar fuera más sano, lidiar, con todo, y en privada tela te permito esgrimir el hierro insano.» Argante que esto escucha al punto vuela, y á un heraldo le grita: «Ve al cristiano, y expón al Jefe que los francos guía esta noble que oirás propuesta mía:



## XV

»Que un caballero, que encerrar molesto  
halla entre muros su marcial pujanza,  
quiere hacer con las armas manifiesto  
cuanto su brío y su poder alcanza;  
que á descender al llano está dispuesto  
que de los muros hasta el real se avanza;  
que sin reserva al franco desafía  
que más seguro en su virtud confía.

## XVI

»Y que de lid no sólo está ambicioso  
con dos ó tres que al campo haya elegido,  
mas cuarto y quinto acepta presuroso  
de linaje vulgar ó esclarecido.  
Dé pues la venia, y sirva al victorioso,  
como es usanza bélica, el vencido.»  
Le impone así, y él á ceñir se apresta  
la rica de las armas roja vesta.

## XVII

Y conducido á la real presencia  
del príncipe Gofredo y sus varones,  
«¿Se da entre francos, preguntó, licencia  
á un nuncio de expresar libres razones?»  
«Se da, Bullón responde, y tu impaciencia  
claras puede exponer sus pretensiones.»  
Dijo entonces: «No sé si afortunada  
juzgarás, ó tremenda mi embajada.»

## XVIII

Y prosiguió y el desafío expuso,  
magnífico en palabras y altanero.  
Bramaron, al oírle, en són confuso  
las huestes del católico guerrero,  
y prontamente el Capitán repuso:  
«Dura empresa se impone el caballero,  
y acaso tal lección primera gane,  
que por pedir la quinta no se afane.

## XIX

»Mas á probarlo venga; que de ultraje  
libre le ofrezco el campo y el camino,  
y en buena lid que en nada le aventaje  
contrasto le daré franco ó latino.»  
Dijo así, y el rey de armas á su viaje  
por la senda tornó por donde vino,  
y hasta que la respuesta dió al Circaso  
no paró un punto el diligente paso.

## XX

«Ármate, dice, alto señor: ¿qué esperas?  
El desafío aceptan los cristianos,  
y las espadas quiérenlo postreras,  
cuanto más los guerreros soberanos.  
Yo cien miradas devorarme fieras  
vi y á los pomos acudir cien manos:  
la tela acaso el Capitán ya mide.»  
Éste dice, y aquél las armas pide.



## XXI

Revistese con ellas é impaciente  
 á bajar se apresura á la campaña;  
 y el Rey dice á Clorinda, allí presente:  
 «Á esta empresa no es bien quedes extraña.  
 Escoge lanzas mil de nuestra gente  
 y contigo las lleva y le acompaña;  
 mas salga él solo al convenido trance,  
 y lo justo no más la hueste avance.»

## XXII

Dió fin con esto, y cuando hallóse armada  
 salió la electa escuadra al campo abierto.  
 Delantero iba Argante y de la usada  
 marcial pompa, á caballo, iba cubierto.  
 Lugar era entre el muro y la estacada  
 de suelo igual, de obstáculos desierto,  
 claro y capaz y por su forma y arte  
 propio á los juegos del horrendo Marte.

## XXIII

Allí descendió solo; allí se alzaba  
 de los francos á vista el fiero Argante.  
 Por su rostro soberbio y frente brava,  
 por su valor, su esfuerzo y gran talante,  
 cual Encélado en Flegra se mostraba  
 ó en Terebinto el luchador gigante;  
 mas su aspecto á los más no les aterra;  
 que no han probado la virtud que encierra.

## XXIV

El piadoso Gofredo aun no ha elegido  
 al que entre tantos designar debía.  
 Bien se ve que Tancredo preferido  
 las miradas de todos recogía;  
 que entre los buenos por mejor tenido,  
 el favor de los rostros le decía,  
 y aun murmullo no débil lo nombraba  
 y el Capitán con señas lo aprobaba.

## XXV

Cedían ya los otros, y no obscuro  
 era del pio Bullón el pensamiento.  
 Dice á Tancredo al fin: «Sal pues seguro,  
 y del audaz reprime el árdimiento.»  
 Él, que campeón se ve del trance duro,  
 muestra en la faz su orgullo y su contento,  
 y armas pide y corcel, y se apareja,  
 y acompañado asaz los reales deja.

## XXVI

Aun al dado lugar no fué vecino  
 donde el feroz Argante ya le espera,  
 cuando en gallardo aspecto y peregrino  
 se presentó á sus ojos la guerrera.  
 Blanca, más que la nieve en monte alpino,  
 dalmática llevaba; la visera  
 del todo alzada. Así, y en alta loma,  
 cuanto es grande su esbelto cuerpo asoma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



## XXVII

Ya no mira Tancredo do el Circaso  
la cabeza hasta el cielo alza impaciente;  
mas mueve su corcel con lento paso  
y á do Clorinda está vuelve su frente.  
Luego inmóvil cual piedra queda el laso,  
de nieve en lo exterior, por dentro ardiente:  
de mirar no se sacia, ni hay que trate  
de dar muestras ni indicios del combate.

## XXVIII

El crudo Argante, que á ninguno en acto  
de aparejarse con la lanza mira,  
«Yo, grita, de lidiar impuse el pacto:  
¿nadie ante mí se muestra ni respira?»  
Cuasi atónito el otro, estupefacto,  
hacia él su vista sin oírle gira.  
Aquí Otón su corcel lanzó con brío  
y el primero al palenque entró vacío.

## XXIX

Uno era Otón de aquellos que la diestra  
con afán contra el bárbaro previno.  
Á Tancredo cedió, y á la palestra  
con los demás que le siguieron vino;  
mas viendo que á la lid tibio se muestra  
y lleno está de asombro repentino,  
la ocasión que se ofrece, ávidamente  
coge, atrevido joven é impaciente.

## XXX

Y tan pronto y audaz, que tigre ó pardo  
más veloz por el monte á andar no acierta,  
corre á herir al pagano, que gallardo  
enristrada la lanza está y alerta.  
Sacúdese Tancredo y de su tardo  
pensar como de un sueño se despierta,  
y grita: «¡Aguarda, ten!; la pugna es mía»;  
pero de sobra Otón corrido había.

## XXXI

Párase pues, de rabia hinchado el seno  
y el rostro de rubor todo encendido;  
que está de enojo y de vergüenza lleno  
de ver que otro en la lid le ha precedido.  
A medio curso en tanto el Sarraceno  
por Otón en el yelmo es ofendido,  
y él, en el choque, con el hierro agudo  
le horadó el peto y le rompió el escudo.

## XXXII

Y es el golpe que alcanza á aquél tan vivo,  
que del caballo rápido le bota,  
cuando al otro, más duro y más activo,  
la silla apenas el empuje azota.  
Luego sobre el garzón, despreciativo  
en estas voces su soberbia agota:  
«Ríndete, siervo, y que á tu gloria baste  
sólo decir que contra mí lidiaste.»



## XXXIII

«No, responde; entre francos no se usa darse tan pronto á vergonzoso encierro: otros de mi derrota harán la excusa; yo aquí á vengarla ó á morir me cierro.» Más que Aleto espantoso y que Medusa, tembló Argante y gritó con voz de fierro: «Prueba ahora la fuerza de mi espada, pues mi clemencia despreciar te agrada.»

## XXXIV

Pica en esto el caballo y todo olvida cuanto virtud caballeresca empeña. Huye Otón el encuentro y le hace herida en el derecho flanco no pequeña, tal que en sangre del bárbaro teñida la aguda punta del acero enseña. Mas ¡qué, si el golpe al victorioso implo dobla el furor sin amenguarse el brío!

## XXXV

Argante el corredor pára al momento, y vuelve atrás tan pronto, que acontece que Otón no se apercibe, y al violento golpe indefensa la cerviz ofrece; su pie vacila, apágase su aliento, se hiela el alma, el rostro palidece, la angustia á punto de espirar le trae, y á tierra como cuerpo muerto cae.

## XXXVI

Ciega á Argante el furor, y el bruto ardiente sobre el vencido arroja, y lo atropella, y grita: «Yazca así todo insolente como este siervo que mi planta huella.» Mas ya Tancredo no vacila, y siente todo el horror de la impiedad aquella, y ansia que su virtud cual siempre ascienda, y su falta cubrir con alta enmienda.

## XXXVII

Sale pues, pronunciando estas razones: «Alma, hasta en la victoria infame y cruda, ¿piensas que por tan bárbaras acciones cortés y grande el mundo te saluda? Criado entre los árabes ladrones ó caterva aun más vil fuiste sin duda. Huye la luz y á horrendas alimañas ve á juntarte en la selva y las montañas.»

## XXXVIII

Calla, y él, que sufrir no tiene en uso, sus labios muerde y de furor se inflama; quiere hablar, mas el són sube confuso, como rugido de animal que brama; y cual rayo al crujir, que descompuso las negras nubes convertido en llama; cada palabra así por paso estrecho sale tronando del volcán del pecho.



## XXXIX

Mas los insultos que el orgullo apronta  
 lanzados y las voces de la ira,  
 uno y otro con hábil vuelta y pronta  
 para ganar terreno se retira.  
 Hora ¡oh Musa! tú aquí mi voz remonta  
 é igual furor á su furor me inspira,  
 con que á la par me eleve de hecho tanto  
 y á sacudidas armas suene el canto.

## XL

Enristran pues y elevan á lo alto  
 ambos guerreros la nudosa entena.  
 Como arrancan los dos al crudo asalto  
 con furia extraña que de asombro llena,  
 no hay carrera tan rápida, ni salto,  
 ni pluma así veloz batiendo suena.  
 Crujen las astas en los yelmos broncos  
 y por el aire van chispas y troncos.

## XLI

El eco de los golpes hasta el centro  
 dirías de la tierra que atronase;  
 pero no á los guerreros tan adentro  
 de las almas llegó, que los turbase.  
 Sus dos brutos cayeron al encuentro,  
 sin que á alzarlos su puño les bastase.  
 Dejan pues los estribos y pie á tierra  
 la espada sacan, rayos de la guerra.

## XLII

Cada uno á su rival no da sosiego,  
 la mano, el pie, la vista en asechanza:  
 ya de ataque y defensa cambia el juego;  
 ya gira en torno, retrocede, avanza:  
 aquí herir amenaza, y allá luego  
 donde no amenazó la punta alcanza;  
 ó del cuerpo tal vez descubre parte,  
 y diestro engaña con el arte al arte.

## XLIII

De la espada Tancredo y del escudo  
 indefenso al contrario el flanco muestra;  
 á herirle corre aquél, mientras desnudo  
 deja el cuerpo de amparo á la siniestra;  
 Tancredo con el arma el golpe crudo  
 pára y le hiere con acción maestra;  
 el pie después en retirar no tarda,  
 y con el fierro se recoge y guarda.

## XLIV

Al ver Argante que su sangre baña  
 las propias armas en raudal no poco,  
 suspira y ruge con violencia extraña  
 del dolor perturbado y del sofoco.  
 Alza el hierro y la voz ardiendo en saña,  
 y con impulso arrebatado y loco  
 iba ya á darle, cuando aquél de punta  
 le hirió do el brazo al espaldar se junta.



## XLV

Cual oso que su furia desenvuelve,  
si en el flanco el agudo fierro cuenta:  
contra las mismas armas ya revuelve  
y ni riesgo ni muerte le amedrenta;  
tal el Circaso indómito se vuelve  
al juntar golpe á golpe, afrenta á afrenta,  
y el afán de venganza así le ofusca,  
que sin defensa los peligros busca.

## XLVI

Uniendo á fuerza atroz horrenda ira  
y el pecho ansiando vengador consuelo,  
tan rudos golpes y espantosos tira,  
que el aire arroja luz y tiembla el suelo.  
Ya ni avanza el rival ni se retira,  
ni halla respiro en su angustioso anhelo;  
que no hay guarda ni coto á la presteza  
y al arrojo de Argante y fortaleza.

## XLVII

Recogido Tancredo aguarda en vano  
que en descargando, la borrasca ceje:  
hora defensas pone, ó del pagano  
con pasos de maestro es bien se aleje;  
mas como aquél no pierda el brío insano,  
forzoso es ya que arrebatarse deje,  
y ciego él mismo al fin, con fuerza ignota  
en torno con la espada el viento azota.

## XLVIII

Vence el furor á la razón y al arte,  
y la rabia las fuerzas da y acrece.  
Siempre que el hierro baja, horada ó parte  
pieza ó malla, y quebranta y estremece:  
copia de rotas armas se reparte  
por el suelo y la sangre le humedece:  
rayo en los golpes cada acero ha sido,  
relámpago en la luz, trueno en el ruido.

## XLIX

Un pueblo y otro incierto considera  
aquella lid tan bárbara y extraña,  
y entre el temor y la confianza espera  
lo que place observando y lo que daña;  
mas señal no se ve, ni oye siquiera  
un eco solo en reunión tamaña,  
y suena en cada cual callado, atento,  
sólo del corazón el movimiento.

## L

Eran los dos ya lasos, y la muerte  
ambas vidas al cabo terminara;  
mas la noche llegó negra de suerte,  
que todo lo cambió su sombra avara.  
Un juez de cada pueblo aquí se advierte,  
que á los guerreros llega y los separa:  
ese el franco Arideo; este es Pindoro,  
que hizo el reto, sagaz y astuto moro.



## LI

Los pacíficos cetros con medida  
ponen entre los ciegos combatientes,  
en la confianza que les dan segura  
antiquísimas leyes de las gentes.  
«Sois, Pindoro empezó, de igual bravura,  
del vigor mismo y á la par potentes.  
Cese la lucha pues, altos guerreros,  
y de la noche respetad los fueros.»

## LII

»Tiempo es de trabajar mientras el sol dura,  
mas todo sér de noche en calma yace,  
y generoso pecho no se cura  
de oculto lauro que entre sombras nace.»  
Y dice Argante: «A mí por sombra oscura  
no la batalla suspender me place;  
mas pues el sol prefiero por testigo,  
aquí tornar que jure mi enemigo.»

## LIII

Y el paladín siguió: «También tu boca  
jure al franco traerme que venciste;  
que es condición que la justicia invoca  
y de la cual Tancredo no desiste.»  
Juran, y los heraldos, á quien toca  
el nuevo señalar término triste,  
porque su mal remedien y avería  
les fijaron la luz del sexto día.

## LIV

Horror inmenso y maravilla mucha,  
que largo tiempo de cundir no cesa,  
en los turbados pechos la ímpia lucha  
de paganos y fieles dejó impresa.  
Sólo del brío conversar se escucha  
que mostraron los dos en la alta empresa;  
pero en quién más el mérito concurre,  
el vulgo, en dudas, entre sí discurre.»

## LV

Y en suspensa atención el caso espera  
que á la pugna feroz dé complemento,  
y ver si honor sobre la audacia impera  
ó si cede la rabia al ardimiento.  
Mas ¡ay! ¿á quién la incertidumbre fiera  
como á la bella Erminia da tormento,  
cuando mira de sí la mejor parte  
al juicio expuesta del horrendo Marte?

## LVI

Hija la hermosa fué del rey Casano,  
que el antioqués gobierno antes regía,  
perdido el cual, del vencedor Cristiano  
vino al poder con su tesoro un día;  
mas fué en su bien Tancredo tan humano,  
que la libró de ofensa su hidalguía,  
y entre las ruinas de su trono es fama  
la honró cual reina y respetó cual dama.



## LVII

De libertad también el privilegio  
magnánimo á otorgarla se resuelve,  
y alhajas y oro el paladín egregio  
y cuanto tiene de valor la vuelve:  
ella viendo el vigor y ánimo regio  
que en tal belleza y juventud se envuelve,  
cayó de amor en tan potente nudo,  
que nunca el tiempo desatarle pudo.

## LVIII

Así, aunque el cuerpo en libertad la lleve,  
á servidumbre el alma es condenada.  
¡Ay, con qué pena á abandonar se atreve  
el dueño caro, la prisión amada!  
Mas regia honestidad, que nunca debe  
por mujer principal ser olvidada,  
la obligó, con la madre ya obsoleta,  
á buscar tierra al Alcorán sujeta.

## LIX

Llegó á Jerusalén, y allí acogida  
fué del tirano de la gente hebrea.  
La muerte de una madre asaz querida  
pronto luto y más llanto la acarrea;  
mas ni el pesar de la reciente herida,  
ni del destierro la aflictiva idea  
pueden al pecho ansioso dar sosiego,  
y una chispa extinguir de tanto fuego.

## LX

Ama y arde la mísera, y muy poco  
en tal estado á prometerse alcanza;  
en ella eterno se alimenta el foco  
de recuerdos sin fin, no de esperanza;  
y cuanto más encierra el ardor loco,  
más la interna prisión le da pujanza.  
A templar el afán de su destino  
al asedio Tancredo entonces vino.

## LXI

Tiemblan los otros al mirar delante  
naciones tantas, grandes y guerreras.  
Ella serena el pálido semblante  
y en contar se complace sus banderas.  
Con la vista á menudo al caro amante  
buscó amorosa entre las huestes fieras:  
mil veces no le vió, mas otras cedo  
hallóle y dijo: «Es él; es mi Tancredo.»

## LXII

En el palacio, cabe el muro erguía  
antigua torre su soberbia altura,  
y en su cima á la vez todo se vía;  
el campamento, el monte, la llanura.  
Allí, desde su luz derrama el día  
hasta que muere entre la sombra oscura,  
sentada Erminia, de mirar no deja,  
y con su pensamiento habla y se queja.